

EL MUNDO

Martes, 26 de agosto de 2003. Año XV. Número: 5011.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

Un alijo de armas que nunca veremos

SCOTT RITTER

Unos 1.500 investigadores norteamericanos registran Irak buscando pruebas de la existencia de armas de destrucción masiva, pero hasta ahora les han sido esquivas. Este equipo, que es conocido como Irak Survey Group y actúa bajo la supervisión de David Kay, un antiguo inspector de armamento de las Naciones Unidas, está buscando principalmente documentos que ayuden a construir una argumentación clara, si bien un tanto circunstancial, de que Irak tenía o se proponía tener programas para la producción de armas prohibidas.

Es una tarea ingente. Y, según muchos científicos y funcionarios iraquíes con los que he hablado, no se está haciendo muy bien.

Un sitio lógico para comenzar esa misión se halla en el distrito de Yadariya, en el centro de Bagdad, adyacente al campus de la universidad: el complejo que albergaba a la Dirección Nacional de Seguimiento iraquí. Este era el organismo gubernamental responsable de coordinar en todos sus aspectos las misiones de los equipos de inspección de las Naciones Unidas. También le estaba encomendado el seguimiento de la infraestructura industrial iraquí y garantizar el cumplimiento de las resoluciones del Consejo de Seguridad relativas al desarme.

En este contexto, dicha Dirección era la depositaria de todo documento del Gobierno iraquí que guardara relación con sus programas de armamento y con las actividades de docenas de emplazamientos industriales del país que eran de doble uso: se empleaban para fabricar artículos permitidos pero eran susceptibles de ser modificados para producir material prohibido.

Durante 12 años, los iraquíes recogieron y cotejaron estos datos. Si los inspectores planteábamos una pregunta sobre un contrato firmado entre el país A y la fábrica iraquí B, la Dirección podía presentarlo en un breve plazo. La declaración completa, detallada y definitiva de 12.500 páginas que Irak entregó a la ONU en el otoño de 2002 se recabó utilizando este archivo. Y lo que se guardaba en él iba mucho más allá del papeleo: todas las entrevistas realizadas

por inspectores de la ONU a científicos iraquíes en la década de 1990 fueron grabadas en vídeo y era posible volver a verlas.

Desde luego, todo este material fue recopilado por funcionarios y científicos obedientes al régimen anterior por lealtad o por miedo, y lo hicieron con el propósito de probar que Irak estaba cumpliendo las resoluciones de la ONU (algo que, en los cinco meses transcurridos desde la invasión dirigida por Estados Unidos, no se ha probado que fuera falso). Sin embargo, aun cuando hubiera que desechar el archivo entero por no ser más que una colección de falsificaciones iraquíes, seguiría constituyendo un fundamento sólido sobre el cual el Irak Survey Group podría haber iniciado sus investigaciones. Al fin y al cabo, algunos de mis esfuerzos más fructíferos como inspector de la ONU tuvieron su principio utilizando como punto de partida unas declaraciones falsas del Gobierno iraquí.

Y, al parecer, después de que las tropas de la coalición entraran en Bagdad, los archivos estaban allí al alcance de todos. Según diversos altos funcionarios de la Dirección con los que he hablado desde la guerra -uno de ellos un general de brigada que tuvo un cargo de administrador de alto rango en el complejo-, el archivo en su totalidad se metió en contenedores de metal antes de la guerra y se almacenó en el cuartel general de la Dirección, en Yadiriya, para su protección.

No obstante, estos testigos presenciales me han hecho un relato inquietante. El 8 de abril, dicen, los edificios fueron ocupados por soldados de la Tercera División de Infantería del Ejército americano. Por espacio de dos semanas, los científicos y administradores iraquíes acudieron a trabajar pero, de acuerdo con algunos con los que he hablado, nadie de la coalición se entrevistó con ellos ni trató de hacerse con el control del archivo.

Por el contrario, estos miembros del personal me han dicho que, tras ocupar las instalaciones durante dos semanas, los soldados se retiraron sin más. Poco después entraron saqueadores y las sometieron al pillaje. De la noche a la mañana, todos los ordenadores fueron robados, se destruyeron discos y vídeos y los documentos, minuciosamente organizados, fueron arrancados de sus carpetas y quemados o esparcidos por todas partes. Según un ex general de brigada que regresó al edificio cuando se hubieron marchado las turbas, algunos científicos iraquíes hicieron cuanto estuvo en su mano para recuperar y reconstituir lo que pudieron, pero por lo que respecta a la mayor parte del archivo el daño era irreversible.

Evidentemente, me baso en la palabra de antiguos funcionarios de la Dirección, pero se trata de personas que conocí bien en mi época de inspector y no creo que ninguno tenga nada que ganar mintiendo hoy. Sea como fuere, el saqueo

del edificio, si no lo fue la presencia de las tropas antes, ha sido bien documentado por los noticiarios occidentales.

¿Por qué se ha permitido que suceda esto? A mí me resulta tan desconcertante como a los iraquíes. Dada la alta prioridad que la Administración Bush ha dado al descubrimiento de pruebas de la existencia de armas de destrucción masiva, lo lógico sería que la incautación del archivo de la Dirección hubiera sido un objetivo esencial para las fuerzas de la coalición, tan importante por lo menos como el Ministerio del Petróleo o el Museo Nacional. Y parece extremadamente improbable que los líderes de la coalición no supieran lo que contenía el archivo. Yo fui uno de los numerosos inspectores internacionales que dirigieron la investigación en esas instalaciones; los datos que obtuvimos fueron utilizados por el Gobierno norteamericano como parte de su argumentación de que Sadam Husein estaba ocultando programas prohibidos.

Hoy, con la enorme polémica en torno a lo que dijo la Administración estadounidense antes de la guerra, no caber exagerar la importancia del archivo que presentó 12.500 páginas de declaraciones -ninguna de las cuales se ha demostrado todavía que sea falsa-, en las cuales se contiene la información más detallada que hay sobre los programas de armamento iraquíes.

El mes que viene, el Irak Survey Group dará constancia de manera formal a funcionarios estadounidenses y británicos acerca del estado de las investigaciones. El presidente Bush ha indicado ya que el grupo argumentará haber encontrado pruebas de programas de armas prohibidas y de los esfuerzos para ocultarlas a los inspectores internacionales. Puede que esta argumentación tenga su mérito, pero, dado que no puedo compararla y cotejarla con la versión iraquí de los acontecimientos, no tengo ninguna certeza acerca de lo convincente que será para el público norteamericano o para el del resto del mundo.

Scott Ritter fue inspector de armamento de las Naciones Unidas en Irak y es autor de *Frontier Justice: Weapons of Mass Destruction and the Bushwhacking of America* (La justicia del Lejano Oeste: las armas de destrucción masiva y la emboscada de América).